

LA SEMILLA DEL HIGO

Ricardo Salaverría Olaizola

*De todo árbol del vergel
puedes comer libremente...*

(Dios)

Diez jóvenes seminaristas –casi la docena del apostolado–, modosa y jerárquicamente sentados, rodean la mesa central de la sacristía. Los armarios de madera de cerezo que guardan los ornamentos eclesiásticos ocupan dos laterales del oscuro ámbito. Las puertas de la iglesia mayor, a esta hora del mediodía, están cerradas para los fieles que se afanan en las fábricas diseminadas por el pueblo. Estamos en los años mil novecientos cincuenta y pico...

En el aire de la sacristía oscura y húmeda permanecen difusos olores de incienso, carbón quemado y orines del retrete cercano. Una bombilla grande, con forma de pera, ilumina la escena académica.

Los diez novicios que circundan la mesa acompañan al sumo sacerdote, el orondo párroco, don Rufo, en su "hora muerta" antes de la misa rezada que espera celebrar, en soledad, en el altar mayor de la vacía iglesia.

Don Rufo acostumbra a levantarse de la cama a media mañana. No parece madrugador, no. Dicen que lee y estudia hasta muy avanzada la noche y que por ello se acuesta muy tarde. Algunos comentan que es un gándul; otros, que muy estudioso. Casi todos lo reputan de intelectual y temible dialéctico y se sabe que puede enfurecerse hasta el límite en las controversias.

Don Rufo lía en papel "Abadie", con parsimonia, un par de cigarrillos con la picadura de tabaco negro que extrae de una petaca de cuero. Cuando acaba la operación artesanal, su mano regordeta con una pasada semicircular por la superficie de la mesa, en un gesto de ahorro, devuelve el tabaco desperdigado a la petaca.

Aguardan muchas liadas de tabaco en este día.

Mientras enciende el cigarrillo con cerillas y aspira con delectación el humo, cabecea

aquiescente con los asuntos, para él livianos, que exponen y comentan de forma atropellada los jóvenes estudiantes: temas académicos, de profesorado, de vacaciones, de la vida secular... que servirán de preludeo a su personalísima, despaciosa y esperada disertación.

Eso sí, una vez que don Rufo inicie su perorata nadie osará interrumpirle ni contradecirle en una coma.

Su figura "paternal" acoge, ampara, aconseja, dicta y habla *ex cathedra* con los recursos de la oratoria clásica. Es un sumo sacerdote, un oráculo, un guía para todo el pueblo, tanto más para esta decena de almas selectas propensas al descarrío:

– *¿Vuestros profesores cuántas veces os han llamado la atención en clase inquiriéndooos por "si estabais en la luna?"*

¡Tantas veces! ¿Verdad? Ya, ya.

Escuchad, asombráos, (pausa) nosotros, (pausa) de estudiantes (pausa) acostumbáramos a estar (gran pausa) ¡DETRÁS DE LA LUNA!

Frases rematadas, redondas, como éstas son una especialidad de don Rufo, que da una larga chupada al cigarro, aspira el humo hasta los riñones y los expele con parsimonia por la nariz y la boca. Su rostro refleja placer. Le gusta leer y le encanta fumar.

Pero, surge un pequeño incidente.

Don Rufo, que a veces elige una forma peculiar, casi ridícula y despreciativa, de coger el cigarro entre dos dedos de su mano izquierda con la palma hacia el frente, vuelve descuidadamente su mano y se quema los labios con la punta encendida. Da un respingo y mira al techo de la sacristía, acordándose de los arcángeles. Los seminaristas retienen sus risas, a duras penas, y se toquetean en complicidad las rodillas bajo la mesa.

Con el ajetreo se desprende la punta de ceniza sobre la oscura mesa.

Don Rufo, guardián del orden, sopla con fuerza y esparce, como un maná, una lluvia de

polvo blanquecino sobre los jóvenes contertulios. Éstos, moderadamente molestos, manotean en sus negras sotanillas para sacudir la ración de ceniza que ha tocado a cada uno:

–... ya que eres polvo y tornarás al polvo.–

parece recordar a todos el agosto fumador que, rodeado de humo, prosigue:

–...asimismo, vosotros acabáis de comentar que “estáis en la higuera” ante los acontecimientos y avatares de la vida secular y eclesiástica... Ya, ya, ya.

¡Mirad, escuchad, prestad atención, atended, atended,... queridos hijos! ...un día, cuando éramos niños y estábamos en la escuela, el maestro nos sorprendió con el anticipo y anuncio de una sorprendente e inverosímil proeza:

– ¡Una avioneta va a volar desde París a Madrid!

Era un día de verano, poco antes de las vacaciones; no se me olvidará jamás.

El maestro determinó salir a un monte cercano a Baliarrain, acompañado por todos los escolares. Una vez allí, en un claro entre hayas y robles, nos aconsejó tendernos en la hierba, panza arriba, hasta que pasara la mítica avioneta por el retal de cielo que correspondía a nuestro punto de mira.

¿Cabía mayor ingenuidad? ¿No habría más rutas en los cielos existentes entre París y Madrid?

Su mirada escrutadora, de profesor, repasa, uno a uno, los rostros de esos muchachos incrédulos y expectantes.

– Bueno, bueno, parece que les he prendido el interés con la anécdota.... –se dice don Rufo para su colete mientras aspira otra larguísima bocanada de humo picante.

– ...es decir, entre París y Madrid, la única línea de aeronavegación posible debía cruzar, obligatoriamente, por el cielo de nuestro pueblo, claro. ¿Entendéis una mayor necedad y estulticia? ¡Y no hace tantos años de esto!

Allí nos mantuvimos, junto al maestro, tripa arriba y sin comer, hasta que anocheció.



¡Todo un día! ¿Qué os parece, eh, qué os parece?

Así que nosotros, como veis, no estábamos en la higuera, no, no, no...

*¡Nosotros estábamos... dentro del higo!
¡¡DENTRO DEL HIGO!!*

En ese preciso instante, Martiarena, el seminarista más veterano que, por haber llegado tarde al pequeño concilio se ha quedado sin asiento y ha escuchado en pie la larga parrafada de don Rufo, se escuda tras éste y hace un gesto como si tomara en sus manos un pelotón equiparable a la gran cabeza del párroco, mientras con su boca y labios articula, sin voz, estas dos palabras:

– ¡Vaya HIGO! ¡Vaya HIGO!

Un estallido de carcajadas histéricas restalla irrespetuoso en las naves de la iglesia y rebota en las columnas, en los oscuros altares, en los confesionarios, en las cabezas torcidas de los santos. ¡Qué algarabía en lugar tan sagrado!

Los seminaristas se doblan y se agarran convulsos el vientre, sin poder reprimir los alaridos. Ríen y ríen, sin freno posible, sin consideración a nadie; como si estuvieran en una taberna.

Don Rufo, –sí que algo suspicaz por tanto alboroto–, desconocedor del gesto habido a su espalda, sonríe paternalmente, complacido, satisfecho de su éxito y... sigue fumando. Jamás hubiera imaginado que una anécdota de su niñez, tan simple, tan inocente, tan candorosa, pudiera provocar tal hilaridad en los jóvenes.

Mientras tanto, los seminaristas, que apenas consiguen atenuar las contracciones diafragmáticas para tomar un respiro, repiten entre sí, como en un rosario alternado e hilariante:

¡Dentro del higo! ¡Vaya higo! ¡Dentro del higo! ¡Vaya higo!

Don Rufo apaga con un gesto calculado la segunda colilla en el cenicero, se toca el labio recién quemado y se pone en pie. Va a celebrar su misa.

Los seminaristas enmudecen algo asustados y la mayoría se escabulle de la sacristía. Ha pasado la hora del espíritu y ha llegado la de la comida familiar.

A un chaval de doce años, al más joven, le corresponde por escalafón ayudar como monaguillo al oficiante.

Don Rufo empieza a revestirse con los ornamentos verdes, correspondientes al día, depositados sobre el arcón del fondo. Musita unos rezos ineludibles; mientras se persigna, con mucho cuidado los labios.

Hoy se ha retrasado demasiado en celebrar su misa rezada en la iglesia cerrada y vacía. Pero lo da por bueno, ya que ha contribuido a que cunda la sana alegría en las almas de esos muchachos alocados, tan expuestos a las tentaciones de la carne, que

acaban de salir en tropel a las calles mundanas y repletas de peligros...

– Rezo por todos ellos, ¡especialmente por el pobre Martiarena!, al que no he visto participar tanto como a los demás en el sano jolgorio general. Es posible que esté atravesando una crisis espiritual. ¡Señor, acuérdate de Martiarena!

Y, santiguándose, asciende por la gradilla de mármol del altar mayor, que está iluminado con dos velas de cera.

En su entorno, más que a incienso, a cera y ornamentos alcanforados, huele a tabaco negro.

